

Centros de estudios

Los centros de estudios en la Universidad de Rosario han sido creados para dar respuesta a las necesidades de la comunidad universitaria y de la sociedad en general. Estos centros se han creado en diferentes áreas del conocimiento, como son: Ciencias Exactas y Naturales, Ciencias Sociales, Humanidades, Artes, etc. Cada uno de ellos tiene un objetivo específico y trabaja en conjunto con los departamentos de la universidad para promover la investigación y la docencia de calidad.

RESPECTIVAS HUMANAS DEL PROBLEMA UNIVERSITARIO

El problema universitario es un fenómeno complejo que involucra a diferentes actores de la sociedad. Desde el punto de vista humano, se trata de un problema que afecta a la vida de los estudiantes, docentes y personal administrativo de la universidad. Este problema se manifiesta en diferentes formas, como son: la falta de recursos, la baja calidad de la enseñanza, la desmotivación de los estudiantes, etc. Es importante analizar este problema desde una perspectiva humana, para poder encontrar soluciones que beneficien a todos los actores involucrados.

EL DRAMA DE LA UNIVERSIDAD

LA UNIVERSIDAD
EL DRAMA DE

PERSPECTIVAS HUMANAS DEL PROBLEMA UNIVERSITARIO

Por **Jorge Yarce Maya**

“La Universidad es un ideal, ante todo humano, abierto a la generación joven, que espera verse realizado y proyectado en la sociedad”.

JESUS ARELLANO

I. La reflexión sobre la crisis de la universidad colombiana puede encuadrarse dentro de un doble horizonte. De un lado el horizonte-límite señalado por el progresivo agotamiento de estructuras caducas que no soportan el paso del tiempo ni las exigencias del desarrollo humano de nuestra sociedad. De otro lado el horizonte apertura, pues el panorama universitario no es un callejón sin salida. Las posibilidades a elegir son muchas y la mayoría de ellas exigen realismo, audacia, conocimientos y visión futurista. La crisis aquí designada no es una situación negativa momentánea —sería una crisis ridícula— sino un ámbito existencial de amplia gestación de cambios que demandan largos períodos de tiempo para llegar a su efectividad plena. Sus resultados no se logran en pocos años. Esto quiere decir que hoy debemos renovar la universidad para los colombianos del año dos mil.

La crisis es a la vez de limitación y de apertura, de agotamiento y de cambio. Las perspectivas a las que nos referimos en estas líneas abarcan uno y otro sentido de la cuestión universitaria. La *primera perspectiva nos* pone de presente la actitud básica del hombre comprometido en la misión universitaria: saber enfrentarse a los problemas, a ese apasionante problema que es la universidad, con una conciencia de cambio radical que excluye cualquier desaliento. Significa, en la práctica, saber lo que se quiere que sea la universidad colombiana, saber lo que puede dar de sí actualmente y conocer a fondo las disponibilidades humanas para la acción conjunta en la solución del problema que se tiene delante. Esta actitud desemboca en otra: la acertada conciencia histórica acerca de la educación superior en el país.

II. La *segunda perspectiva* nos lleva a valorar el significado de la tradición: recoger como lección de experiencia —no como lección de historia patria— lo que no debe repetirse. Es necesario, en este punto, un valeroso esfuerzo por la autenticidad, con el fin de poder comenzar de otro modo. Una conquista correcta de lo ocurrido hasta hoy trae, entre otras, las siguiente consecuencias:

1) Hasta el S. XIX se llama universidad a instituciones trasladadas de Europa más o menos adultas. En muchos casos copia exacta de las existentes ahí. A pesar de los esfuerzos hechos, nunca se dió una verdadera adecuación a nuestros ambientes humanos. Se trataba de una cultura de serie, sin raíces nacionales. La universidad se limitó a formar “patriotas”, “cultos” o “profesionales”.

2) Durante ese período la universidad constituye un reducto aristocrático, no de sangre ni de inteligencia sino de clase burocrático-política. No hay lugar para la investigación ni vocaciones para la docencia, o sea, prácticamente no hay universidad tal como hoy la entendemos.

3) Con la independencia política, las universidades inician, aparentemente, una nueva época. Pero de hecho, como en otros aspectos de la vida del país, se impuso la subordinación de la enseñanza superior a los criterios e intereses políticos de partido.

4) Al carecer de cauces históricos progresivos, la universidad se ha encontrado incompetente ante las exigencias de una sociedad de masas cuyo desarrollo demanda como presupuesto básico la educación en todos sus niveles, presidida por la enseñanza universitaria.

5) Las universidades no se hacen cargo de la función educadora nacional. Implantadas en una sociedad plena de sentido, apenas le han vuelto su mirada, pues poseen una estructura artificiosa y falta de nivel. En síntesis, su escasa labor investigadora, la formación de profesionales y el pensamiento que las anima no operan sobre la realidad social colombiana.

6) El desarrollo intelectual de las jóvenes generaciones de los siglos XIX y XX es muy pobre en resultados conjuntos. Así lo atestiguan muchos factores psicosociales y metodológicos: bajo rendimiento escolar, alta mortalidad universitaria, deficientes niveles de investigación, reducida producción intelectual, cultural y artística, diferencias enormes entre el número de egresados por carreras y las exigencias reales del país...

7) El contorno social de las instituciones universitarias —ambiente, grupos, partidos, burocracia, administración y gobierno— ha creado un clima violento, plagado de trabas legales, académicas, financieras y estudiantiles, que dan a la vida de la universidad colombiana un sello peculiar y en muchas ocasiones las hacen aparecer como sociedades educativas deficitarias y descontroladas.

8) Antes, cuando los problemas sociales crecían y la universidad les daba la espalda, había una polarización hacia los estudios humanísticos, descuidando el cultivo de las ciencias técnicas. En los últimos años se ha operado, en cierto modo, una situación inversa, que deja mucho que desear cualitativamente. El país necesita, hoy más que nunca, humanidades y ciencias del espíritu cultivadas con profundidad de pensamiento y originalidad. De lo contrario seguiremos siendo colonia de ideas extranjeras.

9) La ausencia de investigación y de métodos pedagógicos modernos ha convertido la enseñanza superior en labor rutinaria, sin espíritu creador, no por incapacidad humana sino por falta de iniciativa, de estímulo y jerarquía en el desarrollo de los objetivos de la política educacional.

10) La desproporción entre el valor social de los títulos universitarios y su correspondencia real —formación, ciencia, cultura— creó un tipo de hombre ya clásico en la vida nacional: el “doctor”. El escala con su título toda clase de posiciones directivas de la sociedad, lo cual hace realidad entre nosotros el clasismo del universitario.

11) Desde comienzos de este siglo los estudiantes manifestaron un claro descontento con la situación existente en la universidad. Está, presa por el medio social, recibió muy débilmente los ecos de aquella rebeldía, entre otras razones porque los universitarios eran parte y causa. Los esfuerzos atomizados y la discontinuidad de proyectos y reformas han favorecido y favorecen hoy el permanente estado de descontento, con sus aciertos y con sus inevitables errores.

12) Hay en muchos ambientes colombianos, como consecuencia, desconcierto general en materia de ideas y de conocimientos fundamentados acerca de la propia realidad educativa, que conserva en muchos aspectos ciertos rasgos coloniales.

13) Podría unirse a todo lo anterior la ausencia casi generalizada de ejemplaridad: son escasos los maestros modeladores de juventud, los profesionales y científicos con escuela, los espíritus renovadores en las ciencias de la educación, en pocas palabras, las directivas y profesores universitarios capaces de pensar y de llevar a la práctica las soluciones para la universidad colombiana, y capaces de enseñar a pensar y a poner en movimiento vital productivo el pensamiento de otras.

III. Una *tercera perspectiva* humana nos la facilita la consideración de ciertos problemas del estudiante universitario. Por regla general, es grande su desacuerdo en el ingreso. Su bachillerato, que debería ser propedéutico respecto a la universidad, le confiere poca preparación intelectual. Abunda la mala orientación de las capacidades personales, la cultura general caótica, y el saber memorístico. Estas desviaciones empujan en el bachillerato y sus consecuencias revierten en el nivel superior, dando lugar a bastantes deserciones y a una despoticización humana.

La importancia dada al deporte, tan decisivo en la higiene mental, continua siendo escasa. Los problemas de rendimiento intelectual, desarrollo de capacidad y actitudes y metodología del estudio demandan una especial atención, pues hasta ahora no han sido abordados por la universidad a suficiente escala y nivel científico.

Al estudiante se le tiene acostumbrado a un estilo de vida pasivo ante su propia formación, ante la cultura y el saber profesional que la sociedad demandará de él en un futuro inmediato, casi siempre lleno de sorpresas vitales debido a que la universidad no le preparó de verdad para esa tarea. Dentro de una mentalidad renovadora, el diálogo intenso y la docencia compartida —aprende quien enseña y quien es enseñado— no son concesiones a un determinado espíritu democrático sino la única manera de que la enseñanza tenga un carácter vivo y atrayente, fundamentado y con capacidad de compromiso social efectivo.

La responsabilidad de la vida universitaria reside primeramente en profesores y alumnos. De parte de estos últimos es lógico entenderla como una respuesta personal e intransferible a la expectativa puesta en ellos, que se hace posible por el ejercicio de un derecho, también suyo, de esperar el cumplimiento acabado y completo de la función docente por parte del profesorado. Cuando este principio cardinal de la vocación universitaria decae, surgen los constantes quebraderos de cabeza y las tensiones inútiles acerca del límite de los derechos y deberes de unos y otros.

IV. La situación del profesorado universitario nos indica una *cuarta perspectiva*. El déficit actual es exorbitante. Lo mismo sucede en la enseñanza primaria y media. Son bajas la cantidad y la calidad. Al profesor corresponde la misión docente en propiedad, pues él asume los principales momentos del quehacer universitario. Si no lo cumple con eficacia, causa un doble daño: a sí mismo, porque se engaña, y al estudiante, porque lo deja a mitad de camino, o no lo lleva a un adecuado nivel humano y profesional que le permita cumplir exitosamente su vocación en la sociedad.

Bien claro está que no se ha resuelto el tema de los profesores de dedicación completa sino en escasa medida, en parte por una causa que media en toda consideración sobre los profesores: falta un pago equitativo a sus servicios, una garantía profesional que asegure la estabilidad económica de los mismos. Al asomarnos a este aspecto humano vemos cojear por ahí todo el edificio educativo. Al alto riesgo que trae la docencia superior —formar el caudal humano básico para el país— no corresponde un congruo apoyo social a las personas que la ejercen. Por eso frecuentemente es mirada como un ideal sacrificado — en el peor de los sentidos—, cediéndose en la práctica a una concepción cómoda y funcionalista de la universidad: el pluriempleo basado en la lección magistral mal pagada.

No hay planificación, por integral que sea, capaz de contemplar todas las soluciones a los problemas humanos de profesores y alumnos.

Se trata, en el fondo, de un problema de libertad que actúa en forma de trabajo generoso, de esfuerzo continuo dedicado a la fuente más importante del desarrollo: sacar a la luz las virtudes de los hombres, educarlos y hacerles capaces de servir a la sociedad en un frente definido, con la mayor altura profesional posible. Una planeación de los recursos humanos del país debe tener presente que su objetivo primero es romper el círculo de hierro de nuestra educación: malos graduados porque hay malas facultades; malas facultades porque hay malos profesores, pocos y mal pagados; malos universitarios porque hay malos bachilleres; malo el nivel académico de las facultades porque es mala la investigación; malos bachilleres porque es malo el nivel de la primaria, por falta de buenos profesores; malos profesores por falta de especialización, por improvisación en los escalafones (un profesor graduado para primaria termina enseñando hasta en la universidad), por falta de medios, por deserción hacia otros frentes de trabajo y por incapacidad numérica y técnica de las facultades de educación, no pensadas para resolver problemas de formación en masa con técnicas modernas. Y así, otra vez se podría volver a comenzar el recuento.

V. Una *quinta* y última *perspectiva* es la de la autonomía exigida por el trabajo universitario. Conviene dar a la universidad colombiana una “separación” social —autonomía plena y dinámica— que le permita cumplir mejor con sus fines. Esta “separación” tiende a beneficiar directamente al alumno: se traduce en el suficiente aislamiento de tensiones y preocupaciones ajenas a lo que constituye la vida universitaria. Esto quiere decir, en nuestro caso, que urge aplicar una terapéutica de desintoxicación política que saque fuera de la universidad la lucha de partido y el manejo ideológico de las aulas universitarias.

Para realizar esta misión es necesaria, en cada universitario —profesor o alumno, o autoridad— una convicción personal de autocontrol libre. “Separación está tomada aquí como derecho de la universidad a que la sociedad respete y favorezca su libre desenvolvimiento, y derecho, a su vez, de la sociedad a esperar de la universidad el cumplimiento de su misión, para lo cual es oportuno que profesores y alumnos permanezcan al margen de ciertas tareas que no les corresponden. Esto no significa de ningún modo marginar a los universitarios y a la universidad de los grandes problemas del país —históricos, sociales, económicos y políticos— ni de la acción social directa para colaborar en su solución.

Por otra parte, tal como está configurada la universidad colombiana, parece utópico pensar en una “separación” social al estilo de las universidades europeas o norteamericanas. Nuestro desarrollo social reclama una temprana y presurosa atención de los estudiantes a las cuestiones sociales y políticas. Pero el modo, la oportunidad y la sede de la actuación deben ser revisados si se quiere alcanzar perfiles definidos y propios de la comunidad universitaria, en su íntima relación con la sociedad que la circunda.



